

Annotation

Holocausto es un libro en el que este escritor norteamericano nos relata la conmovedora historia de dos familias, entre los años 1935 a 1945; una, cuya cabeza es un médico judío que sufre junto con su familia las consecuencias del antisemitismo; la otra es dirigida por uno abogado alemán quien convencido por su esposa, ingresa a la SS y llega a convertirse en ayudante del principal organizador del aniquilamiento del cual fue víctima la raza judía en la Alemania de Adolfo Hitler el Führer del III Reich.

Holocausto ha de ser una de las mejores obras que se han escrito sobre la dramática descripción de las nefastas persecuciones impuestas a los judíos por el régimen nacional socialista. Sirvió de base a la NBC-TV en 1978 para rodar una serie donde se aprecia hasta qué punto pudieron llegar quienes, con la creencia de ser “la única raza pura” al considerarse descendientes de los arios, iniciaron el exterminio en masa a los judíos instalados en Alemania, durante la Segunda Guerra Mundial. Fue en esta época nefasta de la historia humana que el antisemitismo no daba lugar a la más leve acción de compasión hacia los judíos, los cuales, declarados enemigos a muerte, eran privados de todos sus derechos y enviados a los mal llamados campos de concentración, donde terminaban en los paredones o muertos en las cámaras de gas. Después, luego de que sus cadáveres eran quemados, arrojaban sus cenizas al agua o las escondían un metro bajo tierra. Holocausto es el resumen de toda una época de blasfemia, odio, terror y muerte nunca antes conocida en la historia religiosa y social del pueblo de Dios.

Gerald Green Holocausto

Traducción de ROSALÍA VÁZQUEZ.

Título original: HOLOCAUST.

Portada de DOMINGO ALVAREZ.

(ISBN: 0-553-11877-3. Bantam Books. New York. Ed. Original.).

PROLOGO

Kibbutz Agam, Israel.

Noviembre de 1952.

Más allá de nuestra pequeña casa, en el campo del equipo de fútbol, mis hijos, Ari y Hanan, dan puntapiés a un balón. No lo hacen mal, en especial Hanan, que ya ha cumplido cinco años. Ari tiene uno menos, y es más delgado y tímido. Tampoco parece gustarle tanto el ejercicio corporal.

Habré de trabajar fuerte con ellos. Enseñarles los movimientos, cómo pasar, regatear, cómo «dirigir» la pelota.

Mientras les miro, acude a mi memoria el recuerdo de mi hermano. Karl y yo solíamos jugar en el pequeño parque frente a nuestra casa en Berlín. Mi padre tenía también instalado en casa su consultorio médico. En ocasiones, los pacientes de mi padre se detenían a la sombra de los árboles y nos miraban.

Aún puedo oír sus voces —en especial la del señor Lewy, a quien recuerdo como paciente suyo desde que tuve uso de razón— hablando de nosotros. Son los hijos del doctor Weiss. ¿Veis a ese hombrecillo? ¿Rudi Weiss? Algún día será profesional.

Karl tenía tres años más que yo. Era delgado, tranquilo, jamás fue un' atleta. Solía cansarse. O, a veces, terminar un dibujo o leer. Supongo que los dos decepcionamos a nuestro padre, el doctor Josef Weiss. Pero era un hombre cariñoso y considerado. Y nos quería demasiado para permitir que nos diésemos cuenta.

Todo acabó. Todo desapareció. Karl, mis padres y toda mi familia murieron en lo que hoy se llama el Holocausto. Extraño nombre para el genocidio. Yo sobreviví, Y hoy, sentado en esta pequeña casa de cemento que domina el río Galilea —puedo ver allá en la lejanía, al otro lado de los campos y huertos de melocotoneros, sus aguas de un azul oscuro— termino esta crónica de la familia Weiss. En cierto modo, es una crónica de lo que les ocurrió a millones de judíos en Europa... los seis millones de víctimas, el puñado de supervivientes y quienes lucharon por ello.

Mi mujer, Tamar, una sabrá nacida en Israel, me ayudó a preparar este documento. Es más culta que yo, que a duras penas acabé la secundaria en Berlín, pues estaba demasiado ocupado jugando al fútbol, al tenis o vagabundeando con mis amigos por las calles.

Tamar estudió en la Universidad de Michigan, en Estados Unidos. Es psicóloga infantil, y habla con soltura cinco idiomas. Yo aún tengo dificultades con el hebreo. Pero ahora no soy ya europeo. Israel es mi patria. En 1947, luché por su libertad, y volveré a luchar una y otra vez, y siempre que me lo pidan. En mi época de guerrillero en Ucrania, aprendí que es preferible morir con un arma en la mano que rendirse al asesino. Así se lo he enseñado a Ari y Hanan y, a pesar de su corta edad, lo han comprendido. ¿Y por qué no habrían de entenderlo? Varias veces por semana, la artillería siria, desde la otra orilla del Jordán, dispara contra Kibbutz Agam, o contra algunos de nuestros vecinos. A cincuenta metros de nuestra pequeña casa hay un refugio subterráneo, completo, con camas, agua, comida, retretes. Por lo menos una vez al mes, el cañoneo es suficientemente intenso para obligarnos a pasar la noche en el refugio.

Mis hijos, Tamar y yo observamos a veces a nuestros soldados trasladar sus cañones a través de las polvorientas carreteras allá abajo, para pagar a los sirios con la misma moneda. Más de una vez han requerido a mi unidad para ayudar a la «neutralización» de la artillería enemiga. No encuentro satisfacción en esas tareas, pero siempre estoy dispuesto a llevarlas a cabo. Tampoco me colma de gozo la necesidad de enseñar a los niños pequeños, casi lactantes, la urgente necesidad de luchar por su propia vida. Pero he aprendido mucho sobre supervivencia y no sería un buen padre, si no les transmitiera lo más pronto posible ese conocimiento. Al menos, ya saben que jamás deberán someterse ni bajar la cabeza.

La información recopilada para esta narración sobre mi familia procede de muy diversas fuentes. Durante mis vacaciones estivales visité dos veces Europa trabajo, en calidad de director de atletismo, en la escuela secundaria local y, al igual que todos los miembros de la comunidad Agam, estoy obligado a entregar mi sueldo completo al kibbutz; sin embargo, a veces se conceden fondos especiales, y los padres de Tamar me ayudaron). Mantuve correspondencia con mucha gente que conoció a mis padres, a mi hermano Karl y a mi tío Moses. Aquí en Israel trabé amistad con infinidad de supervivientes de los campos y con personas que estuvieron en el ghetto de Varsovia. Tamar me ayudó a traducir la mayor parte del material y también mucho a escribirlo.

La fuente de información más importante sobre mi hermano Karl procedió de su viuda, una católica llamada Inga Helms Weiss, quien en la actualidad vive en Inglaterra.

Hará aproximadamente un año, al enterarse de mis indagaciones para esclarecer la historia de mi familia, me escribió un hombre llamado Kurt Dorf. Era ingeniero civil, agregado al Ejército alemán, y fue importante testigo de cargo en los procesos de Nuremberg. Había localizado el Diario de su sobrino, un oficial de la SS llamado Erik Dorf. Kurt Dorf tuvo la amabilidad de enviarme una copia del largo y detallado relato de su sobrino. El mencionado Diario había sido escrito de forma fragmentada y deshilvanada. Con frecuencia, Erik Dorf ni siquiera ponía la fecha en sus anotaciones, pero afortunadamente mencionaba suficientes lugares y fechas en su divagante relato que fui capaz de establecer, al menos, el mes de cada anotación. Existe un vacío entre los años 1935 y 1938. Al parecer, el material correspondiente a dicho período se extravió o fue destruido.

He intercalado partes de dicho Diario con el relato de la destrucción de mi familia. Me parece, y lo mismo opina Tamar, que los motivos de los asesinos tienen la misma importancia para nosotros que la suerte de las víctimas.

Jamás conocí al comandante Erik Dorf, pero, por una de esas disparatadas coincidencias tan frecuentes en aquellos terribles años, él y su mujer fueron, en cierta ocasión, pacientes de mi padre en Berlín. Tres años después de que mi padre le asistiera a él y a su familia, ese mismo Erik Dorf firmaba órdenes y establecía procedimientos que habrían de conducir al asesinato de Karl, de mis padres, de mi tío Moses, así como de seis millones de otros seres inocentes.

Parece increíble que sólo hayan, transcurrido siete años desde que aquella pesadilla terminara, desde que fuéramos liberados del sombrío infierno de la Europa nazi. Tamar dice que, en realidad, jamás nos liberaremos de esa tragedia. Hay que referírsela a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos. Y también a todos los niños del mundo, En cierta ocasión, Ben-Gurion dijo: Perdonad, pero jamás olvidéis. Aún no estoy preparado para el perdón. Y acaso nunca llegue a estarlo.

I LA FAMILIA WEISS

El 8 de agosto de 1935 se casó mi hermano mayor, Karl, con una joven católica llamada Inga Helms. Los dos tenían veintiún años.

Recuerdo con toda claridad el ardiente sol estival que caía sobre Berlín. Ni un soplo de aire agitaba las hojas de los álamos y los robles en el hermoso jardín del restaurante |: «Golden Hart». Este restaurante era famoso por sus instalaciones para comer al aire libre. Blancos enrejados cubiertos de parras, estatuas, fuentes y un denso césped. El banquete de bodas lo celebramos en una zona privada que nos había sido reservada, rodeada de altos setos de un verde oscuro.

Por entonces, yo tenía diecisiete años y mi hermana Anna trece, la benjamina de la casa. La recuerdo vagamente burlándose de mí y yo persiguiéndola, empujándola casi dentro de la fuente. Regresamos junto a la larga mesa cubierta con un mantel de hilo, con sus fruteros, el champaña y los helados, y presidida por la gran tarta nupcial. Nuestra madre nos reprendió cariñosamente.

—Un poco más de formalidad, niños —nos dijo—. ¿Y tu corbata, Rudi? ¿Qué has hecho de ella?

—Hace demasiado calor, mamá.

—Haz el favor de ponértela. Es una ocasión en que hay que respetar las conveniencias.

Aunque reacio, ni qué decir tiene que me la puse. Mi madre sabía imponerse. Siempre conseguía que la obedeciéramos. Cuando éramos pequeños, a veces nos daba unos azotes. Por el contrario, mi padre, el doctor Josef Weiss, era tan cariñoso, tan condescendiente, y se mostraba siempre tan preocupado con sus pacientes que, por lo que puedo recordar, jamás nos censuró o gritó y mucho menos llegó a pegarnos.

Actuaba un acordeonista y recuerdo que tocaba valsos de Strauss, alegres canciones del Caballero de la rosa y El murciélago. Pero nadie bailaba y yo sabía por qué.

Eramos judíos, gente ya marcada. Millares de judíos habían abandonado ya Alemania, y los nazis se habían apoderado de sus propiedades. Se habían producido tumultos en las calles, humillaciones y manifestaciones. Pero nosotros habíamos permanecido allí. Mi madre siempre insistía en que Hitler era «un político más», un advenedizo a quien pronto pondrían en su sitio. Estaba segura de que las cosas mejorarían. Hacía siglos que su familia vivía en el país y se sentía más alemana que cualquiera de aquellos matones que enarbolaban banderas por las calles.

Sin embargo, la incomodidad en el banquete de boda se debía a algo más que a nuestra calidad de judíos. En realidad, las dos familias, los Helms y los Weiss, no se conocían. Los Helms eran más bien gente llana. El padre de Inga era maquinista, un hombre tímido de rostro achatado. Supongo que era una buena persona. Su

esposa, una mujer modesta, más bien bonita, del mismo tipo que Inga, de rostro alargado, rubia y ojos azul claro. Inga tenía un hermano más joven, de mi edad aproximadamente. Se llamaba Hans Helms, y le conocía de los partidos de fútbol. Era uno de esos atletas que se crecen fanfarronamente cuando ganan, pero que, en cuanto pierden, se derrumban. En algunas ocasiones habíamos jugado en campos contrarios y siempre le había superado. Al mencionarle los partidos, aseguró que no se acordaba. Era soldado en el Ejército alemán, y aquel día vestía de uniforme.

De repente, Inga besó a mi hermano en la boca, quizás para romper el tenso silencio que reinaba alrededor de la mesa. Mi hermano parecía violento. Karl era un joven moreno, alto y delgado, de mirada pensativa. Había conocido a Inga en la Academia de Arte Comercial, donde trabajaba como secretaria del director. Karl era uno de los estudiantes más destacados.

Mi madre creía que Karl se casaba por debajo de su nivel social. Y aquel caluroso día de agosto sintió reforzado su punto de vista ante la humilde familia trabajadora que se sentaba frente a nosotros.

Pero Berta Weiss no contaba con la férrea voluntad de Inga (mi madre también tenía un carácter muy fuerte, pese a lo cual no logró doblegar el amor que Karl sentía por Inga). Y, en verdad, estaban profunda e intensamente enamorados uno de otro. Creo que Karl consideraba a Inga una joven vigorosa, alegre, con voluntad y decisión, el tipo de mujer que él necesitaba, ya que su carácter era pesimista, preocupándose por todo, absolutamente distinto al de Anna y el mío.

—Bésame otra vez —pidió Inga.

—Todavía no estoy acostumbrado a hacerlo... en público —contestó Karl.

Ella le asió, para besarle, a la vez que apartaba su velo de novia. Estaba encantadora con su vestido de seda y encaje y la pequeña corona de margaritas en la cabeza.

Anna y yo empezamos a aplaudir. Lancé un silbido a través de dos dedos. Aquello pareció relajar la tensión de la familia Helms. Sonrieron tímidamente. Hans Helms me guiñó un ojo... de hombre a hombre.

Por nuestra parte, se sentaban a la mesa mis padres, el hermano pequeño de mi padre, Moses, llegado de Varsovia para asistir a la boda, y mis abuelos maternos, los señores Palitz. Mi abuelo era todo un hombre, con el pelo blanco, la espalda erguida, condecorado por el Kaiser por su heroísmo durante la Primera Guerra Mundial. Tenía una librería, y siempre afirmaba que no temía a los nazis porque Alemania también era su patria.

Sin lugar a dudas, mi madre era la persona más elegante de todos los ahí reunidos. Esbelta, con su traje azul claro, guantes blancos, y un gran sombrero del mismo color. Puso la mano sobre el brazo de mi padre.

—Es tradicional que el padre del novio proponga un brindis, Josef —dijo mi madre.

—¡Ah! sí..., claro.

Papá se puso en pie con lentitud. Su mente parecía encontrarse ausente, como si le preocupara la pérdida de peso de un paciente, algún caso en el hospital o aquella mujer que hacía unas semanas muriera de cáncer. Su práctica había quedado reducida a los pacientes pobres, únicamente judíos, aquellos que no habían tenido la prudencia o el dinero para marcharse. A todos ellos les trataba con igual consideración que hubiera mostrado con un Rothschild.

Mi padre alzó su copa de champaña. Todos nos levantamos, Anna me dio con el codo.

—Me voy a emborrachar, Rudi. Por primera vez.

—Primero te sentirás enferma —le contesté.

—Niños —dijo mi madre con suavidad—. Papá va a brindar.

—Sí, sí —asintió mi padre—. Por la feliz pareja. Por mi nueva hija, Inga Helms Weiss, y mi hijo Karl. Que Dios les conceda larga vida y felicidad.

Intenté iniciar un viva, pero la familia Helms no parecía muy regocijada. El acordeonista atacó otra composición. Se sirvió más champaña. Inga obligó a Karl a que la volviera a besar, con los labios entreabiertos y los ojos entornados por la pasión.

Mi padre alzó de nuevo su copa por nuestra nueva familia política. Luego presentó a mis abuelos maternos, citando por su nombre a cada uno de los miembros de la familia Helms y también presentó a mi tío Moses.

—Ya basta de presentaciones, Josef. Sirve más champaña —dijo mi abuelo—. Estás dando la impresión de que se trata de una conferencia médica.

Algunos rieron.

Sentado junto al señor Helms, había un individuo fornido, que no sonrió. Debajo de su solapa, vi prendida una hakenkreuz, lo que los ingleses y americanos llaman una swastika. Su nombre era Heinz Muller, y trabajaba en la fábrica con el señor Helms. Y cuando presentaron a mi tío Moses, un hombre tímido y sencillo, oí al tal Muller susurrar al padre de Inga:

—¿Oíste eso, Helms? Moses.

Simulé que discutía con Anna y mantuve el oído atento a lo que decía aquel tipo. Preguntó a Hans:

—¿Es que nadie ha tratado de disuadir a tu hermana?

—Claro que sí —repuso Hans Helms—. Pero ya la conoces cuando ha tomado una decisión.

El hermano conocía bien a su hermana. Inga había puestos los ojos en Karl y ahora ya era suyo. Había hecho caso omiso de la oposición de su familia y de la mía, así como del ambiente que por entonces imperaba, y se había casado con Karl, un matrimonio civil, con el fin de no ofender la sensibilidad de nadie. Pese a toda su fortaleza, me impulsaba hacia ella un sentimiento de ternura y compasión. Por ejemplo, estaba muy ligada a Anna y a mí, se interesaba por nuestros deberes escolares, por nuestras aficiones. Había empezado a enseñar a bordar a Anna, y a mí iba a verme jugar al fútbol. A mis padres les trataba con el mayor respeto (he de añadir que mi madre la mantenía a distancia, y así siguió haciéndolo durante algunos años).

Ahora le había llegado el turno al señor Helms de brindar. Se puso en pie, un hombre regordete, con un traje deformado, y brindó por todos nosotros, terminando con un tributo a su hijo Hans, al servicio de «la gloriosa Patria».

Aquello intrigó a mi abuelo, el señor Palitz, cuya mirada se iluminó. Sonrió a Hans.

—¿A qué cuerpo perteneces, hijo?

—Infantería.

—Yo también estuve en Infantería. Capitán en el Regimiento de Ametralladoras núm. 2. Cruz de Hierro de Primera Clase.

Acarició la insignia que siempre llevaba en la solapa. Era como si estuviese diciéndoles a todos ellos: «Fíjense. Soy judío y también un buen alemán y tan patriota como cualquiera de los que están aquí.» Escuché cómo Muller susurraba a Hans:

—Hoy día no se le permitiría siquiera limpiar una letrina del Ejército.

El abuelo no le oyó, pero se produjo un momento de tensión. Inga sugirió que bailásemos el vals de Cuentos de los bosques de Viena. La gente se puso en pie.

Anna me tiró de la manga.

—Vamos a bailar, Rudi.

—No puedo soportar tu perfume.

—No lo uso. Mi aroma es natural.

Sacándome la lengua, se volvió hacia el tío Moses. Me había levantado para estirar las piernas y escuché que mi padre hablaba con su hermano.

—Sé lo que estás pensando, Moses —decía mi padre como excusándose—. Nada de ceremonia religiosa. No se ha roto el vaso. No pienses mal de nosotros. Los muchachos fueron bar-mitzvahd. Berta y yo seguimos asistiendo a la sinagoga los días de fiesta.

—No tienes por qué excusarte conmigo, Josef.

Anna insistía.

—¡Baila conmigo, tío Moses!

Le arrastró hacia el césped bajo la sombra de los árboles. Aún hoy puedo ver los dibujos que el sol y la sombra hacían sobre los bailarines.

—¿Eres feliz? —preguntó mi padre a mi madre.

—Si Karl es feliz, yo lo soy.

—No me has contestado.

—Es la mejor respuesta que puedo darte.

—Son unas excelentes personas —dijo mi padre—. Y Karl la ama profundamente. Será buena con él. Es una mujer fuerte.

—Ya me he dado cuenta, Josef.

Simulé estar algo más alegre de la cuenta y vagué alrededor de la mesa captando retazos de conversación. Muller estaba de nuevo al ataque, hablando en voz baja con el señor Helms, Hans y algunos de sus parientes.

—Es una lata que no pudierais hacer que Inga, esperara algunos meses —estaba diciendo Muller—. Los jefes del Partido me han dicho que se están elaborando nuevas leyes. Van a prohibir los matrimonios mixtos. Os hubierais evitado muchos dolores de cabeza.

—Bueno, no son como los otros —arguyó el señor. Helms—. Ya sabes... un médico... y el viejo, un héroe de la guerra... De repente, Hans Helms sufrió un ataque incontenible de tos. Había estado fumando un puro y parecía a punto de ahogarse.

Mi padre, que estaba bailando con mi madre, la dejó y acudió presuroso junto a Hans. Rápidamente le obligó a... beber una taza de té. Y ante el asombro general, Hans dejó de toser.

—Un viejo remedio —dijo mi padre—. El té contrarresta los efectos de la nicotina. Es algo que aprendí cuando aún estudiaba Medicina.

El grupo de los Helms miró con curiosidad a mi padre. Casi podía leer en sus mentes. Judío. Médico. Inteligente. Cortés.

—¿Qué clase de médico es usted exactamente, doctor Weiss? —preguntó con arrogancia Muller.

—Muy bueno —le grité. Y me contuve para no añadir—: Y, además, ¡maldito lo que le importa a usted!

—¡Rudi! —me amonestó mi madre—. ¿Qué maneras son esas?

—Practico la medicina general —repuso mi padre—. Tengo una pequeña clínica particular en Groningstrasse.

Hans se había dejado caer en una silla. Le lloraban los ojos y tenía desabrochado el cuello. Su madre le daba palmaditas en la rubia cabeza.

—¡Pobre Hans! Espero que lo traten bien en el Ejército.

Mi padre intentó hacer una ligera broma.

—Si no lo hacen, ya tienen un médico en la familia. También hago visitas nocturnas.

Inga y Karl seguían bailando, en las nubes, felices. Y también algunas otras parejas. Mi abuelo se sentó frente al joven Helms.

—Supongo que habrá cambiado mucho desde mi época —dijo el abuelo Palitz.

—Eso creo —repuso Hans—. ¿Estuvo en combate? \ —¿En combate? ¿Corno supone que obtuve mi Cruz de Hierro? Verdún, Chemins des Dames, Metz. Estuve en todos los frentes.

La señora Helms parecía inquieta.

—Reguemos a Dios para que no haya otra guerra.

—Brindo por ello, señora —repuso mi abuelo.

Muller se encontraba sentado junto a Hans. Estudiaba la blanca cabeza de mi abuelo, mientras en sus labios bailaba una vaga sonrisa.

—Me ha parecido entender que su hijo político nació en Varsovia —declaró de repente—. Y que técnicamente, aún es, ciudadano polaco.

—¿Qué quiere decir?

—Teniendo en cuenta la situación internacional, me preguntaba en qué dirección se inclinaría la lealtad de su familia.

—La política me importa un rebano —afirmó rotundamente el abuelo Palitz.

Mi madre, que le había oído mientras bailaba, acudió rápidamente a la mesa. La música se detuvo un momento. También se acercaron Inga, Karl y mi padre.

—Nosotros no discutimos sobre política —declaró con firmeza mi madre—. Mi marido se considera tan alemán como yo. Aquí es donde ha asistido a la Facultad de Medicina y aquí es donde ejerce como médico.

—No era mi intención ofenderla, señora —afirmó Muller.

De nuevo apareció en sus labios aquella insípida y fría sonrisa. Era una sonrisa que, con el paso de los años, iría encontrando en muchos de ellos. Mirad las fotos de los momentos finales en el ghetto de Varsovia, y podréis observar esa misma sonrisa en los rostros de los conquistadores, de los asesinos de mujeres y niños. Estudiad las fotografías de las mujeres desnudas alineadas ante las cámaras de Auschwitz, y luego mirad las caras de los guardianes armados. Sonriendo. Siempre algún extraño humor les impulsa a sonreír. ¿Por qué? ¿Acaso es una sonrisa de vergüenza? ¿Tratan de disimular su culpa tras la risa? Lo dudó. Tal vez no sea otra cosa que la esencia de la maldad; una destilación de cuanto es vil y destructivo en el hombre.

Tamar, mi mujer, que es psicóloga, se encoge de hombros cuando le hablo de ello.

—Sonríen porque sonríen —declara con un cinismo de sabrá—. Les resulta divertido ver a otros sufrir y morir, Mi padre respaldó la actitud reacia de mi madre a discutir sobre política con Muller o cualquiera de los miembros de la familia Helms. Con sus maneras corteses, manifestó que él sólo entendía de cosas como la gripe y la consolidación de fracturas. La política excedía de su campo.

Pero el abuelo Palitz no era hombre a quien le detuviera una insinuación. Inclinandose sobre la mesa, a la que ya habían acudido las avispas y abejas zumbando alrededor de la fruta y de los helados que comenzaban a derretirse, dirigió su pipa hacia Muller y Helms.

—Hindenburg. Ése sí que era un hombre —dijo el abuelo.

—Sí, realmente fue un patriota —corroboró Muller—. Pero estaba anticuado. Se había quedado rezagado.

—¡Bah! —insistió mi abuelo—. Hoy día necesitamos a algunos como él. Algunos generales honrados. El Ejército expulsaría a toda esa cuadrilla.

Muller entornó los ojos hasta casi cerrarlos.

—Qué cuadrilla?

—Ya sabe a quiénes me refiero. Unos cuantos militares excelentes acabarían con ellos en una tarde.

De nuevo se hizo un silencio embarazoso. Mis padres movían la cabeza. Mamá puso la mano sobre el brazo de su padre.

—Hoy no, papá. Por favor.

Inga acudió al rescate. Dijo con su entonación musical:

—¡Aún no puedo creerlo, Karl! ¡Todos los militaristas están entre tu familia!

Los asistentes se echaron a reír. Mi padre gastó una broma sobre el posible reenganche del abuelo. Los señores Helms, así como su hijo, permanecían silenciosos. Muller empezó a musitar algo al oído del señor Helms, pero de súbito calló.

Inga trató de animar la fiesta.

—¿Por que no cantamos todos? ¿Alguien quiere cantar algo especial?

Hizo una indicación al acordeonista para que se uniera a nosotros. Muy pronto. Inga logró que todos se pusieran en pie formando círculo.

Inga tenía esa facultad, esa cualidad de lograr que se hicieran las cosas influyendo sobre la gente, no de forma imperativa ni desempeñando el papel de mujer dominante, sino por lo alegre y vivaz de su personalidad.

Parecía gozar con cada momento de su vida y tenía la cualidad de transmitir esa alegría a los demás. En cierta ocasión nos llevó a Anna y a mí para pasar el día en el zoológico y jamás disfruté tanto con los animales, andando hasta dolerme los pies, pero feliz de estar con ella y con Karl. Y lo extraño era que no se trataba de una joven culta, pues la escuela de comercio constituía el máximo de sus estudios, y tampoco se mostraba efusiva, escandalosa o turbulenta. Sencillamente, estaba despierta, amaba la vida y hacía que uno sintiera lo mismo.

—¿Conoce usted Lorelei? —preguntó mi madre.

El acordeonista bajó la cabeza.

—Lo siento señora. Pero Heine... —¿Está prohibido Heine? —inquirió mi madre con incredulidad.

—Verá, el departamento de música del Partido dice... —Por favor —insistió mi madre.

—Adelante —dijo Inga. Besó al músico en la frente—. Debe tocarla en honor de la novia. Me encanta.

El acordeonista empezó a tocar. Karl rodeó con el brazo a Inga, ésta, a su vez, a mi padre, y así sucesivamente. Pero la familia Helms, aun cuando unió sus voces a las nuestras, parecía ligeramente apartada de nosotros. La vieja melodía, el viejo estribillo, vibró en el caluroso aire estival.

No sé por qué me abruma esto, Esta tristeza, este eco de dolor, Aún me persigue una curiosa leyenda, Todavía me persigue y obsesiona mi mente.,.

Al pasar junto a él, el tío Moses me propinó un codazo.

—Hubiera preferido escuchar Raisins and Almonas (Uvas y almendras).

No tenía la menor idea a qué se refería. Era un hombre amable y cariñoso, pero era... diferente. Mi madre solía decir, aunque no en tono de crítica, que los judíos polacos eran eso, diferentes.

—Eso de cantar es muy aburrido —dijo Anna—, Mira lo que he traído.

Tenía un balón de niño y lo lanzó sobre mi cabeza. Pronto empecé a perseguirla y los dos dábamos puntapiés a la pelota sobre el césped en la parte trasera del restaurante. Luego me dediqué a hacerla rabiarse, tirándole lejos el balón, engañándola de vez en cuando para al fin dejarla ganar, Hubo un momento en que resbaló sobre la gravilla y cayó de bruces.

—Lo has hecho adrede —gritó Anna.

—Ha sido un accidente.

—¡Ahora vas a ver, salvaje!

Propinó un puntapié al balón, el cual pasó por encima de mi cabeza yendo a parar junto a un grupo de hombres que comían en una pequeña zona aislada del jardín.

Corrí tras él. Pero, de repente, me detuve. Uno de los hombres había cogido el balón y lo sostenía en alto.

—¿Es tuyo, muchacho?

—Sí —contesté.

Eran tres. Bastante jóvenes, más bien fornidos. Todos llevaban camisas pardas, arrugados pantalones de color marrón y las botas negras de los SS. Cada uno de ellos ostentaba un brazalete con la swastika: la cruz negra, dentro de un círculo blanco y el resto del brazalete rojo. Les miré las caras. Tenían caras corrientes en Berlín,

hombres a los que podía encontrarse en cualquier cervecería al aire libre cualquier domingo, bebiendo y fumando. Salvo por los uniformes.

Sabía quiénes eran y lo que pensaban de nosotros y lo que nos estaban haciendo. Hacía tan sólo un año había tenido una pelea callejera con algunos de ellos. Me pusieron un ojo negro, derribé a uno y luego salí corriendo como un rayo, saltando setos y metiéndome por callejuelas, para escapar de ellos.

—¿Qué miras, muchacho? —preguntó el hombre que tenía el balón.

—Nada.

Anna se encontraba detrás de mí, a cierta distancia. También los había visto y empezó a retroceder. Hubiera querido decirle: No, no lo hagas. No les demuestres que tenemos miedo, ignoran que somos judíos. Tenía la cara pálida y seguía retrocediendo. Parecía comprender, acaso mejor que yo, que eran nuestros enemigos, que nada de cuanto pudiéramos decir, hacer o pretender ser, podría salvarnos de ese odio ciego e irrazonable. Sin embargo, ahora los hombres parecían mostrarse indiferentes ante nuestra presencia.

Me lanzó el balón. Le di un cabezazo, describiendo un arco perfecto, y luego un puntapié en dirección a Anna. Tenía la sensación de que habíamos escapado por muy poco, aunque no estaba seguro de qué.

Anna y yo nos detuvimos a la sombra de un laurel. Volvimos a mirar hacia los tres SS.

—La fiesta de boda se ha estropeado —dijo Anna.

—De ninguna manera —le contesté—. Esos tipos no significan nada para nosotros.

Podíamos oír a nuestra familia y a los Helms cantando. al otro lado de los setos.

—Vamos —le dije—. Yo me pondré de portero y tú trata de meterme un gol.

—No. No quiero jugar a la pelota y tampoco cantar.

Eché a correr. Le lancé suavemente el balón, qué le pegó en la espalda, Por lo general, Anna, siempre animada y dispuesta a bromear, se hubiera vuelto para tomarse la revancha. Pero esta vez siguió corriendo. Miré, una vez más, hacia los hombres de las camisas pardas y me pregunté si no estaríamos todos corriendo.

DIARIO DE ERIK DORF

Berlín, Setiembre de 1935

Marta se ha vuelto a quejar hoy de fatiga. No se encuentra bien desde que diera a luz a Laura. He insistido en que la vea un médico.

Recientemente, nos hemos mudado a un diminuto piso en este barrio, donde viví hace años, de muchacho, y recuerdo que en Groningstrasse tenía su consulta un tal doctor Josef Weiss. Mis padres solían acudir a él y, desde luego, su consulta sigue allí, en un edificio de piedra de cuatro pisos. Él y su familia aún viven en los pisos superiores, mientras que la clínica está instalada en la planta baja.

El doctor Weiss, un hombre de aspecto fatigado que habla con voz queda, examinó a Marta concienzudamente, y luego, con el mayor tacto posible, declaró que creía que sufría un ligero soplo sistólico. Marta y yo debimos parecer sobresaltados, pues se apresuró a asegurarnos que revestía escasa importancia, debido, posiblemente, a que padecía anemia. Le prescribió algo para fortalecerle la sangre y le dijo que no se esforzara demasiado.

Mientras el doctor charlaba con Marta, examiné las oscuras paredes empapeladas de su despacho. Diplomas, certificados, fotografías de su mujer y de sus hijos, incluida una de una joven pareja de novios. Aunque, para

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

